MUSEOS, IDIOMA Y PROGRESO

Jorge Wagensberg

La idea de museo ha evolucionado mucho a lo largo de la historia, aunque los buenos museos conservan todavía buena parte de su sentido etimológico: un lugar para la inspiración, un lugar para citar a las musas.

En particular, los museos dedicados a la ciencia empezaron siendo museos de objetos, depósitos de colecciones que los científicos recogían para sus propias investigaciones y que, ¿por qué no?, también se abrían al ciudadano de a pie que tenía una mínima curiosidad por tal patrimonio. Así florecieron los museos de historia natural en el siglo XIX y los museos de ciencia y tecnología muy poco después. El artefacto museográfico fundamental en aquella época era la vitrina y el accesorio esencial de las piezas, el texto escrito, ya fuera en forma de simple etiqueta o a modo de una explicación más extensa. La vitrina sólo deja pasar la vista, uno sólo de los cinco sentidos, con la idea de proteger al objeto del visitante (y viceversa). El texto informa más que forma y, por su necesaria brevedad, no cumple bien la función de narrar una historia, como lo hace en un libro o una revista.

Hoy, en el siglo XXI, vivimos la eclosión de una idea bien distinta de museo. Toda ciudad de más de cien mil habitantes reivindica sus museos como lo haría con sus teatros, escuelas, universidades, hospitales, centros deportivos... El museo tiende a ser hoy un genuino instrumento de cambio social. Los museos de ciencia están a punto de



Vista de la fachada del Museo CosmoCaixa, Barcelona. © Figueroa-Stallard.

consagrarse más como lugares de encuentro que como lugares de visita, lugares creíbles donde conversar, lugares donde encontrar estímulos a favor del método, del conocimiento y de la opinión científica. La conversación, tan difícil de conseguir que se asiente en escuelas y universidades, es el concepto central en un museo. Los objetos en las vitrinas ya no conversan sólo con sus etiquetas correspondientes. Los objetos conversan entre sí. La oferta ya no se basa sólo en objetos. También hay fenómenos, fenómenos que conversan entre sí, fenómenos que conversan con objetos, objetos y fenómenos que conversan con el visitante, que, si todo va bien, se pondrá a conversar con otros visitantes, visitantes que pueden ponerse a debatir temas en los espacios diseñados a tal fin en un buen museo, auditorios, ágoras, aulas... Todo es conversación en un buen museo. En un buen museo de ciencia cada día pasa algo de mérito científico para lo que se usa sobre todo la palabra hablada. Los buenos museos, cada día más, usan y crean lenguaje, enriquecen la lengua, una lengua para crear y para transmitir conocimiento.

Las nuevas tecnologías permiten dos cosas: que los textos escritos se ofrezcan en varios idiomas (sin que ello suponga reducir el espacio disponible para cada uno de ellos) y permiten también que sea el visitante quien decida cuánto y cuán profundamente quiere leer. Todo depende del interés del momento en franca y directa competencia con la concentrada realidad museográfica. En síntesis: se puede decir que el texto escrito en las salas de un museo moderno es hoy todo un género literario.

Reagrupemos evidencias. En buena parte del planeta, los museos modernos tienden a ser las catedrales de la cultura en poblaciones con una mínima masa crítica. El idioma prospera y se enriquece en los museos. Detrás de todo idioma, hablado o escrito, hay una cultura, una historia en movimiento, yo diría que hasta un especial y esencial sentido del humor (y, por lo tanto, también de una especial autocrítica). Llegado este punto, sólo falta añadir un detalle. Los museos de culturas latinas (española, portuguesa, italiana, francesa, catalana...) se miran de repente entre sí, más entre sí que entre cada uno de ellos y, por ejemplo, la cultura anglosajona. El fenómeno es nuevo. Data de hace muy pocos años. En América del Norte los museos de ciencia modernos emergieron a finales de los años setenta y hoy pasan de 300. En América del Sur los museos de ciencia empezaron tímidamente en Argentina, México, Colombia, Chile y Brasil a finales de los ochenta y en los noventa. Hoy todo el Cono Sur hierve de proyectos. Son, yo diría, un requisito de una sociedad organizada democráticamente. Para este siglo se adivina una explosión en estos países y una extensión a todo el continente americano. Creo que la calidad y distribución de esta clase de museos serán muy pronto un síntoma del grado de progreso, libertad y conocimiento que un grupo humano se regala a sí mismo, como los libros, como las escuelas, como las universidades... ■

Jorge Wagensberg es director del Área de Ciencia y Medio Ambiente de la Fundació «la Caixa» y profesor de Teoría de los Procesos Irreversibles en la Facultad de Física de la Universidad de Barcelona.